

ANALES DE LITERATURA CHILENA
 Año 6, Diciembre 2005, Número 6,
 ISSN 0717-6058

TERESA CALDERÓN

MI AMOR POR TI

Santiago: Alfaguara, 2005. 205 pp.

Teresa Calderón se dio a conocer en el medio chileno como poeta, en cuyos libros —como *Causas perdidas* (1984), *Género femenino* (1989) e *Imágenes rotas* (1995)—, ha puesto un marcado acento en la condición de la mujer en el mundo. A estas alturas, la fama del poema “Mujeres del mundo: uníos” es emblemática, puesto que es quizás la mejor prueba unitaria de esta preocupación por la mujer: el eterno femenino aparece en las más variadas circunstancias vitales, por obra de un alumbramiento exhaustivo, de un inventario que resulta ser, ya desde la arenga del título, un himno con todas sus letras. Fraguada en la vivacidad de la palabra oral, su escritura tiende a condensarse, no obstante, en el poema breve, a veces epigramático, siempre en busca de un sentido más allá de los giros del habla y las intertextualidades que la alimentan. Otras veces, su escritura es duramente sentenciosa, como en este dístico de *Imágenes rotas*: “Perdónalo, Señor, / porque sabe perfectamente lo que hace”. El 2000 marcó la aparición de la narrativa de esta escritora: ese año se publican *Aventuras de*

Súper Inti y Analfabruja y los relatos de *Vida de perras*, a los cuales siguió *Amigamía* (2002) y ahora *Mi amor por ti*. En este último, oímos un relato narrado en primera persona por la voz de una mujer. Es la historia de un amor: la relación de pareja de Teresa y Tomás, que se extiende desde 1990 hasta el presente.

El libro comienza con la fiesta de Año Nuevo 1999-2000. Es cuando Teresa y Tomás, conscientes de haber superado ciertas turbulencias, renuevan su compromiso de pareja en una ceremonia privada, donde participan solo ellos dos, sin referencias al rito religioso ni al contrato civil. El relato se traslada al invierno de 1990, momento en que ambos inspeccionaban el departamento santiaguino que arrendarían pronto; se menciona una ventana como anticipación de una desgracia por venir. A partir de ese año, leemos intercalaciones diversas: las vacaciones de la pareja, en 1991, en La Serena; reseñas de parejas famosas con el alcoholismo de por medio, y algún recuerdo de niñez de Teresa. Ellos se conocieron cuando él la visitó, junto a otro escritor, por motivos laborales; ella vivía el final de una tormentosa vida en común con su anterior pareja. Meses después, Teresa y Tomás comenzaron el noviazgo que los llevaría a vivir juntos; proceso lleno de anécdotas de tragicomedia, en cuyo despliegue se enfatiza la excesiva afición de Tomás por el alcohol, que será la fuente principal de las turbulencias aludidas al inicio. Dentro de ello, la desgracia anunciada es el lanzamiento de Tomás, en plena crisis alcohólica, por la ventana del departamento, ubicado en un quinto piso. Tras la recuperación, comienzan tiempos mejores: un alegre viaje a Europa, un premio literario para Teresa. El libro se cierra con el brindis del Año Nuevo 2004-2005 y la celebración de un nuevo “contrato matrimonial”.

La dimensión del relato que sobresale, a mi juicio, es la de los personajes. Se trata de un mundo habitado por seres contradictorios, casi siempre frágiles en su paso por el mundo. En la medida en que el relato se centra en los avatares de la pareja, las figuras de Teresa y Tomás muestran virtudes y vicios entrelazados con la complejidad propia de seres humanos al desnudo. En este sentido, el compasivo trato que Teresa hace de Tomás resulta conmovedor precisamente por ser compasión: ella padece muy cerca de él, *con él*, las amargas consecuencias del alcoholismo. Dicho de otro modo: en *Mi amor por ti*, estamos lejos del teatro de marionetas donde hombres y mujeres están hechos de cartón, con los hilos a la vista, en lucha de géneros o guerra de sexos. La pugna es de ambos contra la tristeza, la enfermedad, el dolor, la muerte, y ambos aparecen, por lo tanto, como compañeros. En suma, el mundo narrado no se plasma en blanco y negro, sino en una cierta amplitud de grises: es un mundo habitado por personas, que consigue transmitir una calidez de humanidad.

Mis únicos reparos a este libro se refieren a la trama y la escritura. En cuanto a la trama, pocas veces la historia supera el plano de la anécdota. La suma de acciones, si bien interesante y fluida, resulta ser una secuencia de situaciones, de variado tipo, es cierto, donde se extraña un nudo que tense el tejido. La “desgracia” protagonizada por Tomás, sin duda impactante, dista de constituir un clímax: no es un momento

revelador o catártico. En relación con esto, el léxico usado recurre constantemente al lenguaje de la psicología clínica; “trastorno”, “trauma”, “dipsomanía”, “autoestima” y otros vocablos —muchos de ellos ya integrados al castellano común—, evidencian la confianza en un quehacer científico incapaz de dar cuenta total de la condición humana. Por eso, no llama la atención que la mención del Mal —así, con mayúscula— esté en boca de un personaje de tercer orden y no de la voz narrativa ni de los suyos; se trata de un recurso a la religiosidad, ajeno a la cultura libresca y racionalizada donde nacieron las modernas “ciencias humanas”. El recurso a la literatura y a ciertos escritores, sin embargo, ayuda a moderar esta inclinación psicologista: las menciones de poemas y de personas como Rimbaud, Verlaine y otros, muestran “casos extremos” que, por eso mismo, no se dejan clasificar ni definir con facilidad. Con todo, cualitativamente hablando, el lector tiende a quedar a la expectativa de algo más que un diagnóstico, algo más que un severo cuadro clínico. Muy seguido nos preguntamos: “¿Por qué sería relevante esta o aquella anécdota?”

En cuanto a la escritura, el libro mezcla un sinnúmero de referencias artísticas: citas, intertextos y paráfrasis de otros libros, filmes, pinturas, obras musicales, etc., que por su misma profusión no solo restringen el coto de lectores —no solo apelan a una buena dosis de paciencia— sino, además, dejan que la narración descanse demasiado en otras escrituras. Es claro: en sí mismo, esto no es un defecto; la suma de voces podría componer un relato coral. Pero aquí se trata, más bien, de divagaciones no siempre justificadas por el argumento —como sí se justifican las presencias de los llamados “poetas malditos”. Si la voz narrativa se adentrara más directamente —esto es, a riesgo más personal— en la modulación de los hechos, la historia ganaría espesor vital como conjunto, y esas referencias podrían quedar, en su mayor parte, a cargo de la enciclopedia del lector. De ahí que tampoco extrañe la abundancia de epígrafes de *Fragmentos de un discurso amoroso*, donde Roland Barthes escribe acerca de un particular modo de escritura. (Persiste siempre, a mi juicio, la duda sobre la pertinencia de llamarlo “discurso”, concepto más cerca del razonamiento, en vez de “lenguaje”, más cerca de la participación...). Por último, se advierten leves faltas de ortografía acentual y puntual: la habitual confusión de pronombres y adjetivos demostrativos, y el mal uso de comas, puntos, puntos y comas, etc., que enredan la composición, nos fuerzan a ver lo que debiera permanecer invisible: el trabajo de edición. Pese a ello, Teresa Calderón logra imponer ese eficaz tono coloquial que le conocimos en sus versos.

En síntesis, en *Mi amor por ti* se combinan calidez, amenidad y ligereza. Un relato que mezcla autobiografía, memorias, no elementos de ficción novelesca: nos falta esa tensión dramática en cuyo desenlace el mundo narrado se reordena. Ciertamente, esta clasificación preocupa más a cierta parte de la crítica y de la academia que a los lectores comunes, pero el hincapié es necesario y puede ser útil: esto no es una novela, como quiere el editor en su mensaje de la contratapa, que además acerca

implícitamente este libro a la llamada literatura de autoayuda. Quizás, en el lenguaje al uso, haya que hablar de “novela de no ficción”. Pienso que *Mi amor por ti* es un relato simplemente autobiográfico; sean o no, sus personajes, seres de la “vida real”. Y puede considerarse, también, un relato contra-ejemplar, si usamos como referencia textual las “vidas de santos”; una historia de vida, un fragmento vital que se ha compartido, y cuyas heridas han ido sanándose por esta misma escritura. Desde esa óptica, podemos ensayar una enseñanza: “La vida es texto”; expresión matriz parafraseada del sistema del otro Calderón. Un mensaje que explica el procedimiento narrativo y que, por lo demás, pone el acento en el antiguo oficio de la palabra.

ROBERTO ONELL H.

Pontificia Universidad Católica de Chile